

1. Llanberis

Llanberis es un pueblo húmedo y diminuto incrustado entre las aguas poco tentadoras del Llyn Padarn y las verdes estribaciones del Snowdon, la montaña más alta de Gales. En el extremo oriental del pueblo, frente al majestuoso hotel Royal Victoria, hay una estación ferroviaria. Y desde allí, en verano, parten jadeantes trenecitos repletos de turistas hacia la cumbre del Snowdon, un sitio con una cafetería deprimente y una vista extraordinaria. La montaña y su ferrocarril justifican que Llanberis tenga media docena de hoteles y al menos el doble de posadas, además de tiendas de recuerdos, un comercio de artesanías galesas —principalmente lana y piel de oveja— y un restaurante muy elegante, el Y Bistro, con un chef ambicioso y menú en dos idiomas, inglés y galés.

Y no hay por allí mucho más con lo que atraer al turismo, menos que nada el clima, que suele ser terrible. En la sinuosa calle principal, las deslucidas casitas con tejado a dos aguas superan en cantidad a las deslucidas tiendas con tejado a dos aguas, y los pubs son sitios lúgubres y despojados. Hay dos bares de *fish and chips* y un establecimiento que vende comida china para llevar; también

está el Pete's Eat, un café con las ventanas permanentemente empañadas donde sirven buenos bocadillos de beicon y unas enormes tazas de té fuerte.

Todas las casas de Llanberis tienen algo en común, además de esa apariencia llorosa y afligida que adquieren tras meses y meses de lluvias constantes: por ordenanza municipal están prolijamente techadas con tejas de pizarra. Aunque hoy la mayoría de esas tejas procede de alguna otra parte, durante años la principal fuente de empleo de los habitantes del pueblo fueron las inmensas canteras de pizarra situadas en las colinas de la orilla opuesta del Llyn Padarn. Pero las canteras cerraron en 1969, en el lago se erigió una represa y bajo las colinas de las que se extraía la pizarra se construyó, a gran profundidad, una planta hidroeléctrica. Por las noches, el túnel que desciende hasta los generadores permanece siempre intensamente iluminado, y cuando uno llega a Llanberis por la carretera lo ve resplandecer al otro lado del lago con un brillo ominoso, como en los planos iniciales de alguna película sobre catástrofes nucleares. Al cerrar las canteras, Llanberis se convirtió en una zona deprimida, con una tasa de desempleo excepcionalmente alta incluso para Gales. En verano, la empresa que ocupa a un mayor número de trabajadores es el tren del Snowdon; durante el resto del año, la principal empleadora es una compañía llamada Snowdon Mouldings, que en este momento cuenta con una plantilla de veintitrés personas.

Snowdon Mouldings es propiedad de Mo Anthoine y de su esposa Jackie, y ha crecido sostenidamente desde 1968, cuando Anthoine y Joe Brown —el mejor escalador británico— empezaron a fabricar, en el sótano de la

casa de Brown en Llanberis, los cascos de seguridad Joe Brown. Poco a poco la empresa se fue ampliando: primero se mudaron a una casita cercana, y luego, cuando Mo decidió incursionar en los piolets, sumaron una capilla reacondicionada en las Tierras Altas de Escocia. Ahora han vuelto a Llanberis y se han instalado en otra capilla reformada, pero esta vez mucho más grande, ya que la oferta de productos se ha ampliado bastante e incluye tiendas de campaña y ropa de montaña.

Además del Y Bistro y del cercano Snowdon, Llanberis tiene otra atracción turística: la tienda de Joe Brown. No es enorme, pero con sus suelos de pizarra y sus detalles en pino natural resulta desproporcionadamente sofisticada para su entorno, al igual que el contenido: percheros con abrigo de plumas, estantes repletos de sacos de dormir y jerséis carísimos, una habitación llena de cajas con botas de montaña, rollos de cuerdas coloridas que cuelgan del cielorraso, una pared tachonada de mosquetones, fisureros, pitones, cintas y magneseras, y anaqueles con guías de escalada y una surtida biblioteca sobre montañismo. El local es una especie de cueva de Aladino para alpinistas, y casi todos los fines de semana, en especial si hace mal tiempo, se llena de jóvenes entusiastas que toquetean todo codiciosamente y cotillean en ese tono reservado y áspero tan característico en el mundillo del montañismo.

Puede que Llanberis ya no sea el principal proveedor de pizarra del Reino Unido, pero sigue siendo el centro de la escalada británica. A lo largo de los años, la población galesa local se ha ido complementando con un flujo incesante de jóvenes ingleses —la mayoría del norte, todos autoexiliados internos, como disidentes

rusos — que fueron allí a escalar y terminaron quedándose y aceptando los empleos más extraños para ganarse la vida. Como los escaladores suelen ser gente muy motivada, hábil e independiente (de otra forma no lograrían sobrevivir en la montaña), por lo general destacan en cualquier oficio que decidan desempeñar. De ahí que las labores de fontanería, carpintería, decoración y albañilería probablemente sean mejores en Llanberis que en cualquier otra parte de Gran Bretaña, y desde luego más baratas. Existe un único inconveniente: el alpinismo es siempre más importante que el dinero, de modo que cuando hace buen tiempo los trabajos se retrasan.

Desde 1966, Mo Anthoine ha vivido en Nant Peris, un pueblito con una iglesia, un pub, una tienda de ultramarinos y un puñado de casas dispersas situado a pocos kilómetros al este de Llanberis. Mo tiene cuarenta y ocho años y su melena desordenada ya empieza a blanquear en las sienes. Es bajo —un metro setenta y tres—, de torso algo robusto, pectorales anchos, brazos como troncos y piernas sorprendentemente flacas y largas. Sus deltoides y sus músculos dorsales están tan desarrollados que cuando extiende los brazos parece que estuviera a punto de levantar vuelo. El diámetro de su cuello es de cuarenta y tres centímetros y jamás usa corbata, porque está convencido de que cualquier camisa que le vaya bien de cuello le quedará mal en el resto del cuerpo. Es de cabeza grande, cuadrada, inteligente; la barbilla es pequeña, y el labio superior parece estar equipado con un conjunto de músculos adicionales que le permiten curvarse y retorcerse como una máscara de Halloween, aparentemente por cuenta propia. Tiene los ojos azules, pero en el izquierdo hay una brizna marrón muy descon-

certante que parece una mancha de sangre. Hace unos años Mo llegó a estar tan mal de la espalda que finalmente, aunque lleno de dudas, pidió cita en el hospital para operarse la columna. Por suerte los discos se fusionaron por sí solos unos días antes de la cirugía y el dolor desapareció. Sin embargo, desde entonces camina como un marinero, con un andar rígido y oscilante, sin movimiento alguno en la zona lumbar. Mo va siempre en vaqueros, camiseta y zapatillas, haga el tiempo que haga, y tiene un único traje que comparte con su amigo Joe Brown, de modo que jamás pueden ir juntos a la misma boda o al mismo entierro, un pacto que satisface a los dos por igual.

Mo fue bautizado como Julian y obtuvo su apodo cuando tenía cuatro años. Alguien lo llamó así por uno de *Los tres chiflados* — «el malo, el del flequillo», explica— y la cosa cuajó. «Con un nombre como Julian, quién no habría querido que el mote cuajara, ¿verdad?», dice. Mo nació en 1939 en Kidderminster y, en cierto sentido, lleva saliendo de expedición desde que tenía once años. Su madre murió cuando él tenía cuatro, y su madrastra era una tirana digna de una novela de Dickens. «A los diez años yo ya me ocupaba de ordenar la casa, pasar la aspiradora y planchar», dice. «También limpiaba la chimenea, pulía zapatos y pelaba patatas. Así que aprovechaba cualquier excusa para salir de allí. Me uní a los Boy Scouts, que me llevaban a acampar, y el cambio fue significativo: descubrí que podía estar lejos de casa y al mismo tiempo pasarlo bien. Por unos pocos billetes me compré una vieja tienda de campaña del ejército estadounidense y salía de acampada todos los fines de semana. Preparaba una mochila, me mar-

chaba el sábado por la mañana y no regresaba hasta el domingo por la noche. En aquella época, para dejar atrás Kidderminster y adentrarse en la naturaleza bastaba con una caminata de diez minutos. Montaba la tienda a orillas del río Severn y lugares así. Y por algún motivo a Win, mi madrastra, le daba lo mismo. Desde luego, hoy a nadie se le ocurriría que un chico de once años anduviera solo por ahí, pero hace treinta y cinco años no parecía ser un inconveniente.»

Al igual que muchos otros niños con problemas en casa, Mo era un tanto salvaje en la escuela y la abandonó antes de aprobar los exámenes que le habrían permitido ingresar en la universidad. Su padre era un hombrecito menudo y muy listo; pintor aficionado, fumador empedernido, fanático de la música y del ajedrez. Se ganaba la vida como diseñador de alfombras. Mo trabajó durante unos meses en una empresa de ingeniería civil en Birmingham, y luego se le unió en la industria de las moquetas como aprendiz administrativo. Tenía diecisiete años. Dos años más tarde, descubrió la escalada.

«Como parte de mi formación en la compañía me mandaron a uno de los cursos de Outward Bound», dice. «Fue la cosa más tonta que podrían haber hecho.» Para algunas personas, la escalada se convierte en una adicción capaz de alterar la química de la mente del mismo modo que la heroína altera la del cuerpo. Después de un mes en la escuela de Outward Bound, en Aberdovey, Mo estaba enganchado. Empezó a escalar todos los fines de semana; los viernes por la tarde, al salir del trabajo, hacía autoestop hasta Gales, y volvía los domingos por la noche. Poco a poco, esos fines de sema-

na se fueron alargando: empezaban los jueves por la tarde y terminaban los lunes por la noche. Aunque sus jefes no se quejaban —y puede que ni se dieran cuenta—, cuando llegaron las vacaciones de verano y Mo viajó por primera vez a los Alpes dio por terminada su carrera en la industria de las alfombras.

También había decidido que no quería saber nada más de Win y que era el momento de marcharse de casa. Dejó una nota sobre la mesa de la cocina para anunciar que no pensaba volver, se fue a los Alpes y, cuando los amigos con los que había ido regresaron a Inglaterra, él siguió viaje con la idea de llegar a Nueva Zelanda —haciendo autoestop y con apenas doce libras en el bolsillo—, «para ver en qué consistía la escalada en hielo». Había recopilado una lista de pueblos en la costa oeste de África de un atlas de la biblioteca de Kidderminster, «para saber hacia dónde hacer autoestop», explica, y «creía que si llegaba a Ciudad del Cabo, donde hablaban inglés, podría encontrar trabajo, y luego cruzar desde allí hacia Australia y Nueva Zelanda».

Pero lo cierto es que no logró pasar de Casablanca, donde le robaron todas sus pertenencias menos el pasaporte. El hosco cónsul británico no quiso ayudarlo, así que Mo no tuvo más remedio que volver a Inglaterra haciendo autoestop, al borde de la inanición.

Pasó el resto del verano escalando en Gales del Norte y luego se ofreció como voluntario en el Corps of Royal Marines. («Me hicieron un test de inteligencia que podría haber aprobado hasta un chimpancé y me dijeron que me llamarían».) Pero luego, cuando por fin le informaron de que debía presentarse al entrenamiento básico, Mo se lo estaba pasando demasiado bien en las monta-

ñas. Llamó al cuartel del Corps of Royal Marines desde una caseta telefónica en Nant Peris y avisó de que no pensaba ir.

— Ya ha firmado los papeles —le respondieron—. Está legalmente obligado.

— Qué pena.

— ¿Dónde está?

— Menos averigua Dios y perdona —dijo, y colgó.

Aceptó un empleo como instructor en Ogwen Cottage, una escuela de escalada a los pies del Tryfan, una montaña situada no muy lejos del Snowdon. La paga era de diez chelines a la semana, más gastos de manutención y todas las horas de escalada que quisiera. Se lo tomó como algo estrictamente temporal. «Me dije que en cuanto empezara a sentir que aquello era solo un trabajo más, me largaría de allí», dice. «No quería perder el gusto por la escalada, no quería que me arruinaran la pasión.»

Dos años después, en 1961, decidió que efectivamente estaba aburrido y otra vez resolvió hacer autoestop hacia Nueva Zelanda, aunque ahora con treinta y cinco libras en el bolsillo y una cuerda en la mochila. Se fue con un amigo, Ian Cartledge —conocido como Zorro por su cabellera pelirroja—, y la vuelta completa les llevó dos años. Cruzaron Europa, Turquía e Irán; luego Baluchistán, Pakistán e India; de allí subieron a Nepal, bajaron hasta Birmania y siguieron hacia Tailandia y Malasia, de donde cruzaron a Australia, y desde ahí, finalmente, a la Isla Sur de Nueva Zelanda para escalar en hielo. Vivían con lo mínimo (en India gastaban un chelín por día), se negaban, por una cuestión de principios, a pagar cualquier transporte terrestre (solo abonaban los viajes

en barco) y conseguían trabajo donde podían: un iraní los contrató para pasar turquesas de contrabando en Pakistán; estuvieron cuatro meses cavando zanjas para una nueva vía férrea en el norte de Queensland; trabajaron en una mina de amianto azul en Wittenoom, al oeste de Australia. (De aquella experiencia potencialmente letal, dice Mo con toda calma: «El periodo de desarrollo de la enfermedad es muy largo, gracias a Dios. Unos veintiséis años. ¡Así que todavía me quedan un par!».) Para volver a casa se ofrecieron como tripulantes en un velero que cruzaría el océano Índico, pero abandonaron el barco en Aden, saltaron a Yibuti, atravesaron el este de África haciendo autoestop hasta Egipto y luego, desde Chipre, llegaron a Grecia. La última etapa de la travesía, desde Atenas hasta Ripley, en Derbyshire, les llevó apenas tres días y medio; por suerte, ya que aquella primavera resultó inusualmente fría, y para entonces el vestuario de Mo se había reducido a una camiseta, unos pantalones cortos y unas pantuflas de piel de leopardo compradas en Jartum por diez chelines.

2. Los Dolomitas

De regreso en Inglaterra, Mo decidió formarse como docente, ocupación que le garantizaría mucho tiempo libre para escalar. Primero pasó un periodo de prueba como profesor de Educación Física y Matemáticas, para ver si le gustaba el trabajo, y luego, a partir del otoño de 1964, cursó tres años en el Coventry College of Education. Yo lo conocí en agosto de ese año, en los Dolomitas, en una cabaña ínfima y destartada al pie de la cara sur de las Tres Cimas de Lavaredo. Habíamos llegado hasta allí por separado, pero después de un breve ascenso nuestros respectivos compañeros habían decidido que preferían descansar al sol junto al refugio en lugar de subir montañas. Mo tenía diez años menos que yo y era mucho más diestro como escalador, así que aproveché la oportunidad y me dejé guiar en algunas vías difíciles. En cuanto a Mo, parecía darle igual por dónde ascendiéramos con tal de seguir escalando.

La escalada en roca es uno de los deportes más puros y menos desordenados que existen, y requiere de un equipamiento mínimo: calzado especial, una cuerda, un casco de seguridad y una colección de cintas de nailon

y herramientas metálicas —mosquetones, estribos, pitones y fisureros de aleación— que servirán para proteger al escalador en caso de caída. El conjunto completo cuesta relativamente poco, dura años y se puede llevar colgado sin problemas alrededor del cuello y de la cintura. Así que, a diferencia de muchos otros deportes, si algo sale mal la culpa suele ser de uno, no del material. Pero sucede que la escalada, según Mo, no es un deporte. «Es un pasatiempo», asegura. «Incluye el placer. Mientras que un deporte, por definición, incluye la competición. Cuando uno escala compite solo contra sí mismo»; esto es: contra la rebelión de los músculos, contra los nervios y, cuando algo falla, contra la falta de entereza. En cierto modo, la escalada es incluso una actividad intelectual, aunque con un requisito indispensable: hay que pensar con el cuerpo. Cada largo plantea una serie de problemas puntuales y específicos: qué agarres usar, y en qué combinaciones, para subir a salvo y consumiendo la menor cantidad de energía posible. Hay que calcular cada movimiento con una suerte de estrategia física, en términos de esfuerzo, equilibrio y consecuencias. Es como jugar al ajedrez con el cuerpo.

Un pasatiempo solitario, entonces, pero que por razones de seguridad generalmente incluye a otra persona. (Algunos escaladores de élite prefieren subir sin asistencia —la disciplina se llama «solo integral»—, pero esta es una actividad de alto riesgo que jamás aspiré a practicar, ni siquiera en mi más alocada juventud.) De modo que el compañero de escalada es casi tan importante como aquello que se va a escalar, sobre todo porque el *quién* influye en el *cómo*. Algunos escaladores están tan poseídos por su deseo de completar una vía que todo lo

demás les resulta indiferente; ascender con ellos es como ir atado en el exterior de un tren de alta velocidad: llegaremos a destino, sí, pero sin divertirnos demasiado y casi sin disfrutar del paisaje. Otros confían tan poco en sus propias habilidades que solo parecen hallar algo de placer cuando su compañero encuentra dificultades en algún movimiento que a ellos les ha resultado fácil. Otros directamente son peligrosos y se exigen todo el tiempo más allá de sus límites, o no toman las precauciones más elementales. Aquellos que sobreviven y continúan escalando por lo general se van desprendiendo de esos vicios conforme envejecen; pero, hasta que lo logran, la vida en las alturas junto a ellos puede ser desagradable, brutal y corta.

En sus años de juventud, Mo adquirió fama de tipo salvaje —«Mi madre murió de cirrosis hepática sin haber bebido una sola gota en su vida, ¡así que yo hacía todo lo posible por equilibrar la balanza!»—, pero no había ni una pizca de salvajismo en su forma de escalar. Nuestra primera vía juntos fue el Spigolo Giallo, uno de los ascensos más bellos en los Dolomitas, la «arista amarilla» en la cara sur de la antecumbre de la Cima Piccola de Lavaredo, unos trescientos cincuenta metros con una pendiente casi vertical. Mo iba de primero, y cada tanto hacía una pausa y me gritaba desde arriba: «¡Esta parte es increíble!», o «¡Aquí te va a encantar!». Eso quería decir, invariablemente, que acababa de realizar algún movimiento difícil, pero su progreso era tan firme y sostenido que cuando yo me topaba con esas dificultades las consideraba parte del disfrute, y descubría que estaba escalando mejor que de costumbre. El último largo fue fácil y espectacular: una pared vertical con

agarres cómodos y nada entre mis pies y el lejano roquedal, excepto el aire y el vuelo circular de las golondrinas. Cuando llegué a la cumbre, Mo estaba apoyado contra una roca, disfrutando del sol de la tarde; se había quitado la camiseta y sostenía un cigarrillo entre los labios. «La felicidad es un MS al cielo», dijo. (En aquella época, MS —Muy Severo— era el penúltimo grado en la clasificación británica de dificultades, que incluía Moderado, Difícil, Muy Difícil, Severo, Muy Severo y Arduo Muy Severo, además de un puñado de ascensos catalogados como Extremos. Luego esos criterios se fueron ampliando y ahora el nivel Extremo tiene casi tantas subdivisiones numéricas como el resto de grados juntos.) «Un MS al cielo» es una manera fantástica de describir esa sensación de libertad y ligereza, tanto mental como física, que aparece cuando todo marcha bien en un ascenso que es difícil pero no tanto: cuando la tensión se esfuma, el movimiento parece no demandar esfuerzo, todo riesgo parece bajo control y el silencio interior del escalador se equipara al de las montañas.

Unos días después fuimos hacia el otro lado de la Cima Grande —la cara norte—, para intentar la clásica vía Comici, un poco más exigente. Es casi el doble de larga que el Spigolo Giallo, técnicamente más compleja y bastante más escarpada. Los primeros doscientos cincuenta metros se desploman de forma sostenida —si alguien tirara un guijarro desde lo alto, este golpearía el roquedal a unos diez metros del pie de la vía—, y el tramo superior es como un enorme libro abierto de roca: un diedro con una fisura vertical de trescientos metros. La noche previa —con mi ayuda— Mo había estado «equilibrando la balanza», así que esa mañana dormimos de

más, empezamos tarde, dos grupos lentos que iban delante de nosotros nos retrasaron aún más y finalmente, cuando estábamos a unos doscientos metros por encima del desplome, lejos ya de cualquier posibilidad de retorno, nos sorprendió una tormenta de nieve. Pasamos la noche asegurados en una cornisa ínfima —menos de un metro de largo por cuarenta centímetros de ancho—, a unos ciento cincuenta metros de la cumbre.

Como era agosto, estábamos en Italia y el ascenso previo había sido sencillo, habíamos decidido escalar ligeros. Es decir: no llevábamos ropa adicional ni comida. Por la extensa grieta que conducía hacia la cima bajaba una pequeña catarata de nieve derretida y, aunque la saliente sobre la que habíamos terminado estaba protegida por un desplome, para cuando decidimos detener la marcha ya estábamos calados hasta los huesos. Nos quitamos las camisetas, las escurrimos, nos las volvimos a poner y nos acomodamos para pasar una noche muy larga. Las nubes plomizas se disiparon, salieron las estrellas y el aire se congeló. Era importante no quedarnos dormidos, porque durante el sueño la temperatura corporal baja, así que conversamos, cantamos canciones, intercambiamos rimas graciosas. Aun así, constantemente nos adormecíamos y volvíamos a despertarnos, desorientados, y retomábamos la serenata, con nuestras voces cada vez más frágiles y absurdas devoradas por la oscuridad. En algún momento, cerca de las tres de la mañana, nos despertamos otra vez y notamos que algo había cambiado. La luna estaba baja, el valle era un gran remanso de tinta y los picos distantes, de un negro azulado, se recortaban sobre un cielo repleto de estrellas. Pero no era solo la naturaleza de la oscuridad lo que

había mutado; también el silencio era más hondo, casi impenetrable. Nos apiñamos para tratar de comprender qué había sucedido.

Entonces Mo dijo: «Es la catarata. Se ha congelado».

Asumí en ese punto que nuestra suerte se había agotado y que muy pronto nosotros también moriríamos congelados. En aquel momento no dije nada, por supuesto, pero cuando se lo conté a Mo varios meses después se sorprendió muchísimo. «Sí, estaba fresquito», me dijo, «pero jamás se me pasó por la cabeza que de verdad corriéramos peligro». Su actitud era: por ahora estamos bien, así que vamos a hacer lo que esté en nuestra mano para seguir así. Nos aporreamos para restablecer la circulación, nos echamos aliento en los dedos y fumamos sin pausa, para aliviar el hambre, pero también para reconfortarnos. (Es increíble lo agradable que resulta el tabaco tibio cuando te estás helando.) De todas maneras, el amanecer tardó un largo rato en llegar: primero fue una sombra pálida y difusa en el borde de la pared rocosa en la que estábamos confinados, después una fluctuación infinitamente lenta desde el negro hacia el gris. Los últimos ciento cincuenta metros hasta la cumbre me parecieron de una dificultad exagerada. En algunos tramos había placas de verglás y era muy complicado intentar cualquier agarre; además, los dos teníamos lesiones por congelación (Mo en los pies, yo en los dedos de las manos).

Suena trágico —una noche a la intemperie en las montañas, una catarata helada, lesiones por congelación—, pero no fue así, en gran medida porque Mo parecía dar por hecho que todo lo que nos pasaba era perfectamente normal. Se mantuvo siempre alegre y relajado, nunca

dejó de contar chistes. Animado por él, maté una buena media hora recitando una versión completa, aunque con variaciones, de la «Balada del esquimal Nell», y cuando me quejé del tamaño ínfimo de la cornisa en la que estábamos asegurados —cada uno con medio culo fuera y medio dentro—, Mo solo dijo: «Bueno, no puedes tenerlo todo». Fue la noche más fría de mi vida, y una de las más incómodas, pero de ninguna manera la más penosa.

La escalada es un claro ejemplo de ese concepto que Jeremy Bentham denominó «juego profundo» y que él, por supuesto, siendo el padre del utilitarismo, rechazaba de plano. Según Bentham, en casos así los riesgos son tan elevados que sería insensato siquiera participar; lo que se puede perder excede por mucho las exiguas utilidades que reportaría un posible triunfo. Para nosotros, aquel día, la ganancia era la dudosa satisfacción de haber ascendido una vía difícil en condiciones también difíciles; lo que nos exponíamos a perder eran los dedos de los pies o de las manos, o incluso nuestras propias vidas.

Sin embargo, y por más «profundo» que fuera el juego, seguía siendo eso, un juego, y así es como lo recuerdo. Recuerdo las bromas lacónicas, los epigramas, esa cornisa ridículamente pequeña llena de cosas, los picos distantes iluminados por la luna, el sabor magnífico del tabaco en la pipa y esos breves núcleos de luz y tibieza que generábamos cada vez que encendíamos una cerilla. Pero el recuerdo más nítido que conservo corresponde a la segunda mañana, y no guarda relación alguna con la posibilidad de morir congelado. En aquellos años, un fisurero no era algo que uno pudiera comprar en una tienda; había que encontrarlos —la mejor fuente eran

los desguaces de automóviles—, perforarlos y enhebrar las cintas. En el último largo, Mo había dejado uno muy firmemente metido en una grieta, y yo tenía los dedos tan hinchados e insensibles a causa de la helada que no lograba moverlo.

—¡No puedo sacarlo! —grité, y emprendí el ascenso por la fisura.

—Ay —se lamentó Mo con una vocecita tan abatida que me obligó a alzar la vista. Me observó detenidamente desde lo alto, y por primera vez desde que estábamos en la montaña pareció apenado—. Es mi fisurero favorito.

«De acuerdo», pensé, «y esta es mi vida favorita. Le debo una». De modo que volví a bajar y pasé veinte minutos atizando la roca con un martillo para pitones hasta que logré liberar el fisurero. Él me había guiado durante todo el trayecto, así que me parecía lo mínimo que podía hacer.

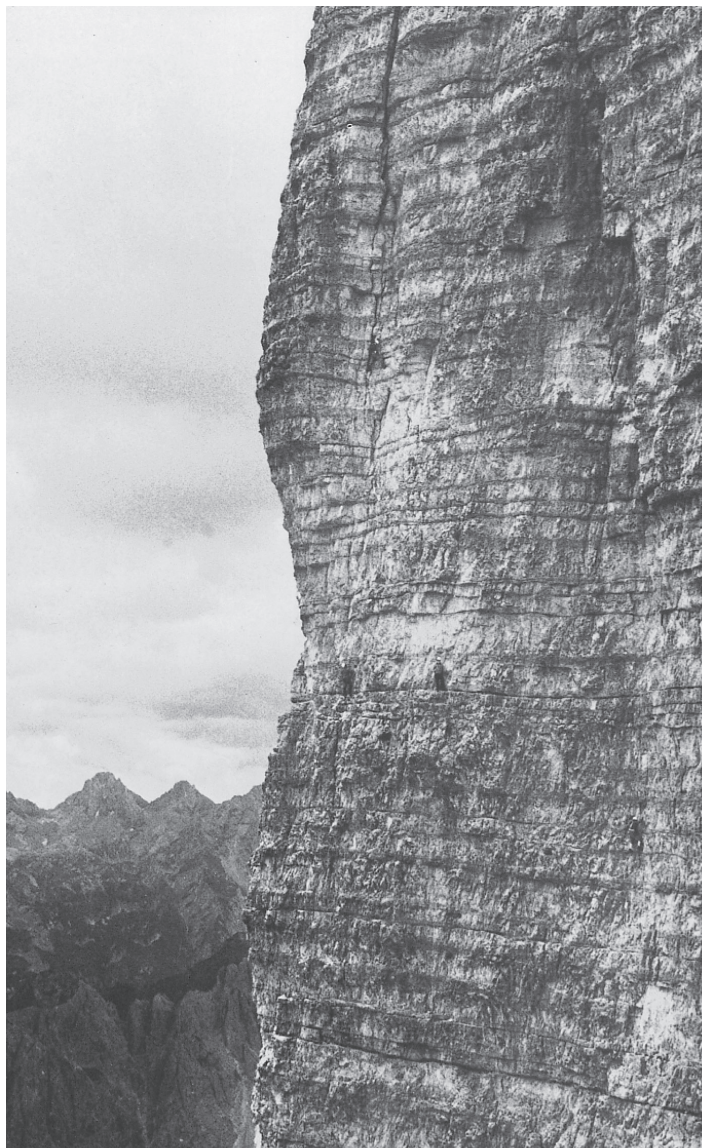
Cuando llegamos a la cumbre, nos tumbamos un rato al sol. De nuestra ropa húmeda emanaba vapor. Yo estaba exhausto más allá de toda medida, y algo mareado, imagino que por la sorpresa de haber sobrevivido. Mientras nos dirigíamos hacia la cara sur de la montaña para emprender un descenso más sencillo, Mo dijo:

—Bien. Estamos a mitad de camino.

—¿Perdón?

—Ahora es cuando ocurren los accidentes —dijo—. Cuando has llegado a la cima y empiezas a relajarte.

Nuestros roles, cosa extraña, se habían invertido por completo. Yo era el señor de treinta y pico y él supuestamente el tipo salvaje, pero Mo jamás ponía en práctica ese salvajismo en las montañas.



1. El Spigolo Giallo, uno de los ascensos más bellos en los Dolomitas. Mo y Al son la pareja de más abajo.